



Fraternidad Laicos Cavanis
Casa del Sagrado Corazón, INSTITUTO CAVANIS
Vía Col Draga – POSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE - 02.06.2022

¡Carísimos!

la proximidad de la convocatoria del próximo mes de julio, cuando se nos dará a encontrarnos en presencia, después de mucho tiempo, carga el corazón de recuerdos, nostalgia y, sobre todo, de espera; y sin embargo, creo que este tiempo debe vivirse no tanto en el frágil hilo de la emocionalidad, sino en el sólido fundamento de nuestro vínculo con Dios. Las lecturas del sexto domingo de Pascua dan fuerza a este pensamiento, en el que me detengo mientras pongo mi mano a estas notas. Estamos en el camino hacia la Jerusalén celestial para descubrir – pero sólo con la condición de que ya estemos en el camino, tendiendo la mano hacia la meta – que es la propia Jerusalén la que desciende hacia nosotros en toda su belleza, para cumplir nuestro deseo y nuestra peregrinación. En este camino, como Jesús nos recuerda en el Evangelio de Juan, debemos llevar con nosotros un bagaje sobrio, esencial pero indispensable. En primer lugar, una palabra para ser observada y preservada, o mejor dicho, esa palabra que es Jesús mismo como la revelación definitiva del Padre. Habitando en él y en su amor, estamos seguros de que ya estamos en comunión con el Padre, incluso en el tiempo de nuestra peregrinación. Permitirnos permanecer en la Palabra es el don del Espíritu Santo, el segundo bien esencial que debemos llevar con nosotros, que nos enseña todo recordando todo lo que el Señor Jesús nos ha dicho. La del Espíritu es una enseñanza al recordar, permitiéndonos profundizar en la revelación de Jesús y también discernir a su luz las decisiones que deben tomarse de vez en cuando, frente a los problemas que surgen gradualmente en el camino. Precisamente como sucede en el Concilio de Jerusalén, cuando las decisiones se toman sobre la base de lo que "nos ha parecido bueno al Espíritu Santo y a nosotros" (v. 28). Un tercer bien para llevar con ustedes es la paz dada por el Señor, que vence toda agitación y temor. Preparando de esta manera el equipaje para el viaje, sin embargo, nos damos cuenta de que llevamos con nosotros un bien infinitamente mayor: la presencia misma de Dios que camina con nosotros y en nosotros. "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él" (Jn 14, 23). Enfrentemos, pues, el camino que vamos a hacer, como miembros responsables de nuestra fraternidad, con esta apertura y sensibilidad. ¡Que el Señor nos bendiga!

Del Evangelio según Juan (Jn 14,23-29)::

En ese momento, Jesús dijo [a sus discípulos]:

"Si alguien me ama, guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y nos instalaremos con él. El que no me ama, no observa mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió.

Les he dicho estas cosas mientras todavía estoy con ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho.

Les dejo paz, les doy mi paz. No como el mundo lo da, yo les doy. No dejen que tu corazón se turbe y no tengan miedo.

Han oído que te he dicho: "Me voy y volveré a ti". Si me amaras, te alegrarías de que voy al Padre, porque el Padre es más grande que yo. Les lo he dicho ahora, antes de que suceda, porque, cuando sucede, crean".

Desde www.cavanis.org, *El riesgo de una fe aparcada*, P. Diego Spadotto, 25/04/2022:

Para los seguidores de Jesús, "este no es el momento de dormir, de dejarse narcotizar por el alma, de ser anestesiado por el clima consumista e individualista de hoy, para que la vida sea buena si es buena para mí; así que hablamos y teorizamos, pero perdemos de vista la carne de nuestros hermanos y hermanas, la concreción del Evangelio".

El drama de nuestra vida religiosa es cerrar los ojos a la realidad, alejarnos, "aparcar", limitarnos, por ejemplo, a una vida de oración comunitaria formal, sin conexión con la realidad y los sufrimientos de los jóvenes y los pobres, para ser llevados al corazón del Señor.

La fuerza del hábito y cierta ritualidad nos han llevado a creer que ni siquiera la oración transforma al hombre y la historia, puede ser descuidada a menudo y de buena gana. *En cambio, orar con fe viva transforma la realidad*, es una misión activa, es un cambio en el mundo.

"Nos hará bien preguntarnos si nuestra oración nos sumerge en esta transformación; si arroja nueva luz sobre las personas y transfigura situaciones. El espíritu de oración "nos desquicia por dentro", reaviva el fuego de la misión, reaviva la alegría, nos provoca continuamente a dejarnos perturbar por el grito sufriente del mundo".

"La fe sin obras está muerta", y el espíritu de oración de la fe es la primera obra. Jesús ora con confiado abandono en el Padre; vive la oración con la certeza de ser contestado; alaba y bendice al Padre con profunda reverencia; reza por sí mismo y para poder llevar a cabo su misión; reza por los discípulos, reza por nosotros: "Rezo por los que por la palabra de los discípulos creerán en mí".

Jesús ora y enseña a orar, derrama alegría, confianza, seguridad, serenidad. Estamos demasiado tentados para dejarnos fragmentar por la vida cotidiana: hacemos una cosa, luego hacemos otra, tal vez cosas buenas, pero triviales y repetitivas, y nos dejamos desmoronar, desgastados por la

pequeñez cotidiana. El espíritu de oración de guardar silencio ante la Eucaristía y de *"ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio vivo"* es santo y agradable a Dios. *"Esta es nuestra adoración espiritual"* (Rom 12:1).

